

Amos Oz

Una historia de amor y oscuridad

Traducción del hebreo de Raquel García Lozano

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

# 1

Nací y crecí en un piso muy pequeño, de techos bajos y unos treinta metros cuadrados: mis padres dormían en un sofá cama que ocupaba su habitación casi de pared a pared cuando lo abrían por las noches. Por la mañana temprano plegaban el sofá sobre sí mismo, escondían la ropa de cama en la oscuridad del cajón de abajo, daban la vuelta al colchón, cerraban, empujaban, lo cubrían con una funda gris clara y unos cuantos cojines bordados de estilo oriental, ocultando cualquier rastro de su sueño nocturno. Así pues, su habitación servía de dormitorio, estudio, biblioteca, comedor y salón.

Enfrente de esa habitación estaba mi cuarto, era pequeño y verdoso, y la mitad del espacio estaba ocupado por un armario barrigudo. Un pasillo oscuro, estrecho, bajo y algo sinuoso, parecido a un túnel hecho por presidiarios, unía la cocina y el retrete con las dos pequeñas habitaciones. Una débil bombilla encerrada en una jaula de hierro derramaba sobre el pasillo, también durante el día, una luz turbia. Había sólo una ventana en la habitación de mis padres y otra en la mía, las dos protegidas por contraventanas de hierro, las dos guiñaban a su manera para intentar mirar hacia oriente, pero sólo veían un ciprés polvoriento y una tapia de piedra sin tallar. Por una ventanilla enrejada, nuestra cocina y nuestro retrete veían un pequeño patio de presos rodeado de altos muros y con el suelo de cemento, un patio donde, sin un solo rayo de sol, agonizaba un pálido geranio plantado en una lata de aceitunas oxidada. En los alféizares de las ventanas había siempre frascos cerrados con pepinillos en vinagre y también un desdichado cactus dentro de un florero que se había roto y hacía de maceta.

Era un piso soterrado: el bajo del edificio excavado en la ladera de un monte. Ese monte era nuestro vecino, un inquilino recio,

introvertido y silencioso, un monte viejo y melancólico que hacía vida de soltero y mantenía siempre un silencio absoluto. Era un monte adormecido, invernal, que nunca arrastraba muebles ni tenía invitados, no alborotaba ni molestaba, pero a través de las dos paredes que compartíamos con él se filtraba siempre, como un ligero y persistente olor a mohó, el frío, la oscuridad, el silencio y la humedad de ese melancólico vecino.

Y por eso, a lo largo de todo el verano, un poco de invierno se quedaba en casa.

Las visitas decían: qué bien se está aquí los días de bochorno, está tan fresco y tan tranquilo, ¿pero cómo os las arregláis en invierno? ¿No traspasa la humedad? ¿No es un poco deprimente vivir aquí en invierno?

Las dos habitaciones, el hueco de la cocina, el retrete y sobre todo el pasillo eran oscuros. Los libros llenaban toda la casa: mi padre sabía leer en dieciséis o diecisiete idiomas y hablar en once (todos con acento ruso). Mi madre hablaba cuatro o cinco lenguas y leía en siete u ocho. Entre ellos conversaban en ruso y en polaco cuando querían que yo no los entendiera (casi siempre querían que no los entendiera. Una vez mi madre se confundió y dijo delante de mí «semental» en hebreo en vez de en algún otro idioma, entonces mi padre la regañó y le gritó en ruso: Shto se taboy! Videsh maltzik riadom se nami!). Por cultura leían sobre todo en alemán y en inglés, y por supuesto por la noche soñaban en yiddish. Pero a mí me enseñaron única y exclusivamente hebreo: quizá temían que si aprendía otros idiomas también yo quedaría expuesto a la seducción de la espléndida y mortífera Europa.

En la escala de valores de mis padres, cuanto más occidental fuera algo, más culto resultaba: Tolstói y Dostoievski eran afines a su alma rusa, pero creo que Alemania —a pesar de Hitler— les parecía más ilustrada que Rusia o Polonia, y Francia más que Alemania. Inglaterra estaba para ellos por encima de Francia. En cuanto a América, no estaban muy seguros: allí disparaban a los indios, saqueaban trenes correo, buscaban oro y cazaban chicas.

Europa era para ellos una tierra segura y prohibida, un lugar anhelado de campanarios y plazas pavimentadas con antiguas baldosas de piedra, de tranvías, puentes y torres de iglesia de pueblos remotos, aguas termales, bosques, nieve y prados.

Las palabras «cabaña», «prado», «pastora de ocas» me fasci-

naron durante toda mi infancia. Tenían el aroma sensual de un mundo auténtico, alejado de los polvorientos tejados de uralita, de los montones de chatarra, los cardos y los áridos terraplenes de una Jerusalén asfixiada por el yugo del verano abrasador. Bastaba con susurrar «prado» para oír el mugido de las vacas con pequeñas campanas al cuello y la corriente de los arroyos. Con los ojos cerrados veía a la pastora de ocas descalza, que me parecía sexy hasta la locura aun antes de saber nada.

Al cabo de los años supe que la Jerusalén bajo el Mandato Británico, en los años veinte, treinta y cuarenta, era una ciudad culturalmente fascinante; había grandes comerciantes, músicos, intelectuales y escritores: Martin Buber, Gershon Scholem, Agnón y otros muchos investigadores y artistas importantes. A veces, cuando pasábamos por la calle Ben Yehuda o por la avenida Ben Maimón, mi padre me susurraba: «Mira, por ahí va un intelectual de renombre». Yo no sabía a qué se refería. Creía que el renombre tenía que ver con una enfermedad de las piernas, pues muchas veces se trataba de un anciano, cuyo bastón le precedía tanteando la calle y cuyas piernas vacilaban ligeramente, vestido incluso en verano con un grueso traje de lana.

La Jerusalén que mis padres admiraban estaba lejos de nuestro barrio: estaba en la verde Rehavia llena de sonidos de piano, en los tres o cuatro cafés con lámparas doradas de la calle Yafo y Ben Yehuda, en las salas del YMCA y en el hotel Rey David, donde judíos y árabes amantes de la cultura se reunían con británicos amables e instruidos, por donde pululaban señoras fantásticas de largos cuellos vestidas de fiesta del brazo de señores con trajes claros, donde se mezclaban ingleses liberales con judíos cultos y árabes ilustrados, donde se organizaban recitales, bailes, jornadas literarias, recepciones y refinadas charlas artísticas. Es posible que esa Jerusalén de lámparas y recepciones sólo existiera en los sueños de los habitantes de Kerem Abraham, bibliotecarios, maestros, funcionarios y encuadernadores. Sea como fuere, no estaba en nuestro entorno. Kerem Abraham, nuestro barrio, pertenecía a Chéjov.

Al cabo de los años, cuando leí a Chéjov (traducido al hebreo), tuve la certeza de que él era uno de los nuestros: el tío Vania vivía justo encima de nosotros, el doctor Samuilenko se agachaba y me tocaba con sus anchas y fuertes manos cuando tenía anginas o

difteria, Ibaski, con sus eternas migrañas, era primo segundo de mi madre, y los sábados por la mañana íbamos a oír a Trigorin en la Casa del Pueblo.

En nuestro barrio había rusos de todo tipo: había muchos tolstoianos. Algunos de ellos hasta parecían el propio Tolstói. Cuando vi por primera vez el retrato de Tolstói en una fotografía sepia en la contracubierta de un libro, estaba seguro de haberlo visto ya muchas veces por el barrio, paseando por la calle Malaquíás o por la cuesta de la calle Abdías, con la cabeza descubierta, una barba canosa al viento, solemne como el patriarca Abraham, los ojos centelleantes, un palo en la mano que hacía de bastón y una camisa de campesino por encima de los pantalones anchos, atada con una tosca cuerda a la cintura.

Los tolstoianos del barrio (mis padres los llamaban tolstoizhtzikim) eran todos vegetarianos fanáticos, querían arreglar el mundo, se preocupaban por la moral, estaban en profunda sintonía con la naturaleza, amaban a toda la humanidad, a cualquier ser vivo, estaban llenos de ardor pacifista y anhelaban la vida pura y sencilla; todos deseaban una vida campestre y volver a trabajar la tierra en el seno de los campos y los huertos. Pero ni siquiera conseguían cuidar bien sus pequeñas macetas: o bien las regaban tanto que las plantas se morían, o bien se olvidaban de regarlas. Puede que fuera culpa del malintencionado Mandato Británico, que solía echar cloro en nuestra agua.

Algunos eran tolstoianos salidos directamente de una novela de Dostoievski: atormentados, charlatanes, agobiados por las pasiones, carcomidos por los ideales. Pero todos, tanto los tolstoianos como los dostoievskianos, trabajaban para Chéjov en Kerem Abraham.

Normalmente llamábamos al mundo «el gran mundo», pero también tenía otros apellidos: Civilizado. Exterior. Libre. Hipócrita. Yo lo conocía casi únicamente por la colección de sellos: Dantzig. Bohemia y Moravia. Bosnia-Herzegovina. Ubangi-Shari. Trinidad y Tobago. Kenia-Uganda-Tanganika. El Mundoentero estaba lejos, era atractivo y enigmático, pero muy peligroso y hostil para nosotros: no quieren a los judíos porque son perspicaces, astutos y sobresalientes pero también escandalosos y jactanciosos. No les gusta lo que hacemos aquí, en Eretz Israel, porque nos envidian hasta por un trozo de tierra cenagosa, pedregosa y desértica. Allí, en el mundo, todas las paredes estaban cubiertas de frases difamatorias, «Judío, vete a Palestina», y nos fuimos a

Palestina, y ahora el mundo nos grita: «Judío, sal de Palestina».

No sólo el Mundoentero, también Eretz Israel estaba lejos: en algún lugar, más allá de las montañas, estaba surgiendo una nueva raza de judíos heroicos, una raza bronceada y robusta, silenciosa y eficiente, completamente distinta al judío de la diáspora, completamente distinta a los habitantes de Kerem Abraham. Chicos y chicas pioneros, bronceados, curtidos y silenciosos, que habían logrado convertir la oscuridad de la noche en un aliado, y que también en las relaciones entre el hombre y la mujer habían superado ya todas las inhibiciones. No se avergonzaban de nada. El abuelo Alexander dijo una vez: «Creen que en el futuro será muy fácil, el chico sencillamente podrá acercarse a la chica y pedírselo sin más, y puede que las chicas ni siquiera esperen a que el chico lo pida, puede que ellas mismas se lo pidan a los chicos, como se pide un vaso de agua». El miope tío Betzalel dijo con rabia contenida: «¿Pero no es un acto bolchevique de primer orden acabar así con todo el secreto y el misterio? ¿Anular así cualquier sentimiento? ¿Convertir toda nuestra vida en un vaso de agua templada?». El tío Nehemías, desde su rincón, soltó de repente dos versos que me parecieron un bramido desesperado: «Ay, el camiiino me resulta tan laaargo, el sendero se hace sinuoso y huuuue, ay, madre, yo me pongo en marcha pero tú estás leeejos, más cerca de mí está la luuuna...». Y la tía Tzipora, en ruso: «Bueno. Ya está bien. ¿Es que os habéis vuelto todos locos? ¡No veis que el niño os está escuchando!». Y entonces pasaron al ruso.

Esos pioneros vivían más allá de nuestro horizonte, en Galilea, en Sharón, en los valles. Chicos fuertes y con sangre en las venas, pero silenciosos y pensativos, y chicas corpulentas, sinceras y equilibradas, como si lo supieran todo y lo entendieran todo, incluso a ti y tu desconcierto, y a pesar de todo te trataban con cariño, seriedad y respeto, no como a un niño sino como a un hombre como los demás aunque aún de poca estatura.

Esos pioneros y pioneras me parecían fuertes, serios, reservados, capaces de cantar en círculo canciones de pasión y añoranza que partían el corazón, y también canciones bufas y atrevidas, sin ningún pudor ni sonrojo; capaces de bailar frenéticamente hasta perder el sentido, de enfrentarse a la soledad y a la reflexión, a la vida campestre y al trabajo más duro, «¡siempre obedientes!», «la paz de la azada te han otorgado tus jóvenes, hoy te otorgan la paz

de los fusiiiles», «a donde seamos enviados, allí nos dirigiremos», dispuestos a montar a la grupa de caballos salvajes y a subirse a tractores de anchas ruedas, conocedores del árabe, de túneles y wadis, de pistolas y granadas de mano, y también lectores de poesía y filosofía, eruditos, sensibles, acostumbrados a conversar de madrugada en voz baja, a la luz de una vela en las tiendas, sobre el sentido de nuestra vida y sobre la necesidad de elegir, mordiéndose la lengua, entre el amor y el deber, entre el interés nacional y la justicia.

A veces iba con algunos amigos a la zona de descarga de Tnuva para verlos llegar por las montañas oscuras en el camión cargado de productos de la tierra, «con ropa corriente, bagaje y pesadas botas», y daba vueltas a su alrededor para aspirar el olor a heno y sentir los aromas de la distancia: allí, donde ellos vivían, ocurrían las cosas verdaderamente importantes. Allí se construía el país y se arreglaba el mundo, allí estaba floreciendo una nueva sociedad, allí imprimían su sello en el paisaje y en la historia, araban campos y plantaban viñas, allí se componía una nueva poesía, allí montaban armados a lomos de caballo y respondían con fuego al fuego de los asaltantes árabes, allí recogían desechos humanos y hacían con ellos un pueblo luchador.

Soñaba secretamente que algún día también me llevarían con ellos. Que también harían de mí un pueblo luchador. Que también mi vida se convertiría en una nueva poesía, una vida pura, honesta y sencilla como un vaso de agua fresca en un día bochornoso.

Al otro lado de las montañas oscuras estaba también la Tel Aviv de entonces, un lugar tumultuoso de donde nos llegaban los periódicos, las noticias sobre teatro, ópera, ballet, cabaret y arte moderno, los partidos políticos, ecos de agitadas discusiones y también retazos de vagos chismorreos. Allí, en Tel Aviv, había grandes deportistas. Y también había mar, y todo el mar estaba lleno de judíos bronceados que sabían nadar. ¿Quién sabía nadar en Jerusalén? ¿Quién había oído hablar nunca de judíos nadando? Tenían genes completamente distintos. Una mutación. «Como el milagro de una mariposa nacida de un gusano.»

Había algo mágico, misterioso y especial en la palabra «Telaviv». Cuando alguien decía «Telaviv», de inmediato me imaginaba a un chico fuerte en camiseta de trabajo azul, bronceado, ancho de espaldas, poeta-obrero-revolucionario, un chico sin

miedo, del tipo llamado «hebreman», con el pelo rizado, la visera coquetamente ladeada, fumándose un cigarro Matosian, un ciudadano del mundo: durante el día trabajaba duro pavimentando o asfaltando, por la tarde tocaba el violín, por la noche bailaba con las chicas o les cantaba canciones melancólicas sobre la arena, a la luz de la luna y, al amanecer, sacaba del escondrijo una pistola o una ametralladora y se escabullía en la oscuridad para defender los campos y las casas.

¡Qué lejos estaba Tel Aviv! Durante toda mi infancia no estuve allí más de cinco o seis veces: íbamos a pasar las fiestas con las tías, las hermanas de mi madre. En aquella época, no sólo la luz de Tel Aviv era diferente de la de Jerusalén, mucho más de lo que lo es hoy; incluso la ley de la gravedad era completamente distinta. En Tel Aviv se caminaba de otra forma: se saltaba, se flotaba, como Neil Armstrong en la luna.

En Jerusalén se caminaba siempre como en un entierro, o como cuando se llega tarde a un concierto: primero se apoya la punta del zapato y se tantea con cuidado el terreno. Después, cuando ya se ha plantado el pie, se espera un poco antes de volver a levantarlo: después de dos mil años hemos encontrado una pizca de suelo que pisar en Jerusalén y no renunciaremos a ella tan rápidamente. Si levantáramos el pie, al instante vendría alguien y nos quitaría nuestro pedazo de suelo, nuestro bien máspreciado. Por otra parte, si ya has levantado el pie, no debes apresurarte a volver a plantarlo: quién sabe qué nido de víboras habrá allí, al acecho, tramando y conspirando. Además, durante miles de años hemos pagado con sangre nuestra precipitación, una vez tras otra hemos caído en manos del enemigo por haber plantado el pie sin comprobar antes dónde lo poníamos. Ésa, más o menos, era la forma de caminar en Jerusalén. ¡Pero Tel Aviv era otra cosa! Toda la ciudad era un saltamontes. Un constante fluir de personas, casas, plazas, brisa marina, arena, avenidas y hasta de nubes en el cielo.

Una vez fuimos a Tel Aviv a pasar la fiesta de Pésaj y, por la mañana temprano, cuando todos aún dormían, me vestí y me fui a jugar solo a una placita donde había un banco o dos, un columpio, una zona infantil y tres o cuatro árboles jóvenes donde ya cantaban los pájaros. Al cabo de unos meses, en Año Nuevo, volvimos a ir a Tel Aviv y la plaza ya no estaba allí. La habían trasladado, con los pequeños árboles, el columpio, el banco, los pájaros y la zona infantil, al otro lado de la calle. Me quedé desconcertado: no comprendía por qué Ben Gurión y las autoridades competentes

permitían hacer algo así. ¿Cómo es posible? ¿Quién puede coger una plaza y cambiarla de sitio? ¿Qué pasa, que mañana van a mover el monte de los Olivos? ¿La Torre de David? ¿El Muro de las Lamentaciones?

Entre nosotros se hablaba de Tel Aviv con una mezcla de envidia y orgullo, con admiración y algo de misterio, como si Tel Aviv fuera una especie de proyecto secreto y trascendental del pueblo judío, un proyecto del que era mejor no hablar demasiado porque las paredes oían, adversarios y agentes enemigos pululaban por todas partes.

Telaviv: mar, luz, azul, arena, andamios, kioscos en las avenidas, una ciudad hebrea blanca y lineal que surgía entre los campos de frutales y las dunas. No era simplemente un lugar al que, tras comprar un billete, se viajaba en un autobús de la compañía Eged, sino otro continente.

Durante años mantuvimos una relación telefónica habitual con los parientes de Tel Aviv. Cada tres o cuatro meses los llamábamos por teléfono, a pesar de que no teníamos teléfono y ellos tampoco. Lo primero que hacíamos era mandar una carta a la tía Haya y al tío Zvi, en la que les comunicábamos que llamaríamos el día 19 de ese mes, que caía en miércoles, pues los miércoles el tío Zvi terminaba de trabajar a las tres en el ambulatorio, y a las cinco telefoneábamos desde nuestra farmacia a su farmacia. La carta era enviada con mucho tiempo de antelación, y esperábamos la respuesta. En la carta de respuesta la tía Haya y el tío Zvi nos aseguraban que el miércoles 19 les iba bien y que, por supuesto, estarían esperando en la farmacia desde antes de las cinco, que no nos preocupásemos si teníamos que llamar un poco más tarde de las cinco, ellos no se moverían de allí.

No recuerdo si nos poníamos nuestras mejores galas para ir a la farmacia a llamar a Tel Aviv, pero no me extrañaría que lo hiciéramos. Era un acto solemne. Ya el domingo anterior, mi padre le decía a mi madre:

—Fania, ¿te acuerdas de que esta semana tenemos que llamar a Tel Aviv?

El lunes mi madre decía:

—Arie, no vuelvas tarde pasado mañana, no vaya a haber algún contratiempo.

Y el martes los dos me decían:

–Amós, no nos des ninguna sorpresa, has oído, no te nos pongas enfermo, has oído, y no te resfríes ni te caigas hasta mañana por la tarde –y la noche anterior me decían–: Vete pronto a dormir para que tengas fuerzas mañana al teléfono, no quiero que piensen que no has comido.

Así se iba construyendo la emoción. Vivíamos en la calle Amós y la farmacia estaba a cinco minutos andando, en la calle Sofonías, pero ya a las tres mi padre le decía a mi madre:

–No empieces a hacer nada ahora, no sea que no te dé tiempo.

–Yo voy perfectamente, pero tú, con tus libros, a lo mejor te olvidas por completo.

–¿Yo? ¿Olvidarme yo? Estoy mirando el reloj todo el rato. Y Amós me lo recordará.

Yo, con sólo cinco o seis años, ya tenía una responsabilidad histórica. No tenía reloj de pulsera y, por tanto, me pasaba todo el rato yendo a la cocina a mirar lo que decía el de pared y, como en una lanzadera espacial, pregonaba: quedan veinticinco minutos, quedan veinte, quedan quince, quedan diez minutos y medio. Y cuando decía quedan diez minutos y medio, nos levantábamos, cerrábamos bien la casa y los tres nos poníamos en camino, a la izquierda hasta la tienda de ultramarinos del señor Auster, a la derecha hacia la calle Zacarías, a la izquierda hacia la calle Malaquías, a la derecha hacia la calle Sofonías, y entrábamos en la farmacia y decíamos:

–Buenas tardes, señor Heinemann, ¿cómo está? Hemos venido a telefonar.

Por supuesto, él sabía que el miércoles iríamos a telefonar a los parientes de Tel Aviv, y también sabía que el tío Zvi trabajaba en un ambulatorio y que la tía Haya tenía un puesto importante en la asamblea de las trabajadoras, que Yigal sería deportista de mayor y que eran buenos amigos de Golda Meyerson y de Misha Kolodny, a quien llamaban Moshé Kol; pero de todos modos le recordábamos:

–Hemos venido para llamar a nuestros parientes de Tel Aviv.

El señor Heinemann decía:

–Sí. Claro. Siéntense, por favor –y nos contaba el mismo chiste de siempre sobre el teléfono: una vez, en el Congreso Sionista de Zurich, se oyeron de repente unos bramidos terribles en una habitación contigua. Berl Locker le preguntó a Herzfeld qué significaban esos gritos, y Herzfeld le contestó que era el camarada Rubashov hablando con Ben Gurión, con Jerusalén. «Si está ha-

blando con Jerusalén», se sorprendió Berl Locker, «¿por qué no usa el teléfono?».

Mi padre decía: «Voy a marcar». Y mi madre: «Aún es pronto, Arie. Aún quedan unos minutos». Y él decía: «Ya, pero hasta que nos pasen la llamada...» (aún no había línea directa). Y mi madre: «Pero ¿y si por casualidad nos pasan la llamada enseguida y ellos aún no están allí?». Mi padre respondía: «En ese caso, sencillamente lo intentamos de nuevo». Y mi madre: «No, se preocuparán, pensarán que ya no volveremos a llamar».

Mientras discutían ya casi eran las cinco. Mi padre levantaba el auricular, de pie, sin sentarse, y le decía a la telefonista de la centralita: «Buenas tardes, señorita, quería hablar con el 648 de Tel Aviv» (o algo parecido. Entonces vivíamos en un mundo de tres cifras). A veces la telefonista decía: «Señor, espere un momento, por favor, ahora está hablando el jefe de correos». O el señor Stein. O el señor Nashashibi. Y nos poníamos un poco tensos, ¿qué iban a pensar de nosotros allí?

Yo podía ver físicamente ese único hilo que unía Jerusalén con Tel Aviv y, a través de él, con el mundo entero, y esa línea estaba ocupada y, mientras estaba ocupada, nosotros estábamos aislados del mundo. Ese hilo serpenteaba por zonas desérticas y pedregales, escalaba montañas y colinas, y yo pensaba que era un gran milagro. Me estremecía: ¿y si una noche los animales salvajes se comieran el hilo? ¿O si unos árabes malos lo cortasen? ¿O si se mojara con la lluvia? ¿Y si se prendieran las hierbas secas? Quién sabe. Una línea tan débil serpenteando por ahí, vulnerable, sin protección, abrasada bajo el sol. Quién sabe. Estaba muy agradecido a las audaces y hábiles personas que la habían tendido, pues no era tan sencillo tender una línea de Jerusalén a Tel Aviv; sabía por experiencia lo difícil que les habría resultado: una vez tendimos un hilo desde mi habitación hasta la de Elías Friedmann, una distancia de dos casas y un patio en total, un hilo normal y corriente, y vaya historia, árboles en el camino, vecinos, un almacén, una tapia, escaleras, arbustos.

Tras un rato esperando, mi padre calculaba que el jefe de correos o el señor Nashashibi habrían terminado de hablar, y volvía a levantar el auricular y a decirle a la telefonista: «Perdón, señorita, creo que le he pedido hablar con el 648 de Tel Aviv». Ella decía: «Lo tengo anotado, señor. Espere, por favor» (o «tenga paciencia, por favor»). Mi padre decía: «Espero, señorita, por supuesto que espero, pero hay gente esperando también al otro lado de la

línea». Y entonces le insinuaba con cortesía que nosotros éramos personas civilizadas, pero que nuestra paciencia y moderación también tenían un límite. Que éramos personas bien educadas, pero no unos primos; no ovejas llevadas al matadero. Eso de que cualquiera pudiera maltratar a los judíos y hacer con ellos lo que se le antojara se había acabado de una vez por todas.

Entonces, de pronto, el teléfono sonaba en la farmacia, era siempre un sonido excitante, estremecedor, un momento mágico, y la conversación era más o menos así:

-¿Zvi?

-Sí, soy yo.

-Soy Arie. De Jerusalén.

-Arie, hola, aquí Zvi, ¿qué tal estáis?

-Estamos bien. Os estamos hablando desde la farmacia.

-Nosotros también. ¿Qué tal todo?

-Como siempre. ¿Qué tal vosotros? ¿Qué te cuentas?

-Estamos bien. Nada del otro mundo. Vamos tirando.

-Eso es bueno. Tampoco nosotros tenemos nada nuevo que contar. Estamos muy bien. ¿Y vosotros?

-También.

-Estupendo. Ahora se pone Fania.

Y otra vez lo mismo: ¿Cómo estáis? ¿Qué tal todo? Y después: Amós también va a deciros algo.

Y ésa era toda la conversación. ¿Cómo estáis? Bien. Bueno, pues pronto volveremos a hablar. Es un placer escucharos. También es un placer escucharos a vosotros. Mandaremos una carta para fijar la próxima llamada. Estaremos en contacto. Sí. Por supuesto. Adiós. Cuidaos mucho. Vosotros también.

Pero no era gracioso: la vida pendía de un hilo. Ahora comprendo que ellos no tenían la seguridad de volver a hablar otra vez, tal vez fuera la última, pues nadie sabía lo que podía suceder: un pogromo, una masacre, un baño de sangre provocado por los árabes para exterminarnos, una guerra, una terrible tragedia; los tanques de Hitler casi habían llegado hasta nosotros por dos lados, desde el norte de África y a través del Cáucaso, quién sabía lo que nos esperaba. Esa conversación insulsa no era en absoluto insulsa, sólo era sencilla.

Sólo ahora comprendo, al pensar en aquellas conversaciones telefónicas, lo difícil que les resultaba –a todos, no sólo a mis pa-

dres— expresar sentimientos personales. Para mostrar sentimientos colectivos no tenían ninguna dificultad, eran personas sensibles y sabían hablar. Y cómo hablaban, podían pasarse tres o cuatro horas discutiendo acaloradamente sobre Nietzsche, Stalin, Freud, Jabotinsky, dejarse el alma en ello, llegar a llorar de emoción, cantar sobre el colonialismo, el antisemitismo, la justicia, la «cuestión de la tierra», la «cuestión de la mujer», la «cuestión del arte frente a la vida». Pero, cuando intentaban expresar un sentimiento personal, siempre salía algo contraído, árido, quizás incluso atemorizado, fruto de generaciones y generaciones bajo la represión y la prohibición. Prohibiciones en un doble sentido: la educación burguesa europea multiplicaba las trabas del provincianismo religioso judío. Casi todo estaba «prohibido» o era «inaceptable» o «inadecuado».

Por otra parte, en aquella época había una gran carencia de palabras: el hebreo no era aún una lengua natural, y por supuesto no era una lengua íntima, era difícil saber lo que ibas a decir cuando hablabas hebreo. Nunca podían estar seguros de no hacer el ridículo, y ese miedo al ridículo los atemorizaba día y noche. Tenían un miedo mortal. Incluso personas como mis padres, que sabían bastante bien hebreo, no lo dominaban del todo. Hablaban hebreo con temor a la imprecisión, se repetían frecuentemente, intentando expresar de nuevo lo que acababan de decir: tal vez se sienta así un conductor miope que va de noche por las callejuelas de una ciudad extraña en un vehículo que no conoce.

Una vez vino una amiga de mi madre, una maestra llamada Lilia Bar Samka, a pasar con nosotros el Shabbat. Durante la conversación, la invitada no dejaba de repetir «estoy horrorizada», y una vez o dos dijo también «él se encuentra en una situación horrorosa»; yo me partía de la risa, porque para mí el verbo «horrorizar» significaba «tirarse pedos», y ellos no entendieron la gracia, o la entendieron e hicieron como que no la entendían. Lo mismo ocurría cuando decían que la tía Clara siempre estropeaba las patatas fritas, pues para mí «estropear» significaba «cagarla», o cuando mi padre hablaba de la carrera armamentística de las superpotencias o se mostraba totalmente contrario a la decisión de la OTAN de armar, un verbo que para mí significaba «joder», a Alemania para disuadir a Stalin.

Mi padre, por su parte, se enfadaba cada vez que yo usaba la palabra «engañar», una palabra completamente inocente; no entendía por qué le irritaba y él, por supuesto, no me lo explicó,

y no se podía preguntar. Al cabo de los años supe que antes de nacer yo, en los años treinta, «engañar» significaba dejar a una mujer embarazada, y no sólo eso, sino dejarla embarazada y no casarse con ella. La expresión «engañarla» quería decir en ocasiones, simplemente, acostarse con ella: «Esa noche en el almacén la engañó dos veces y por la mañana, el muy canalla, hizo como que no la conocía». Y, por eso, si yo decía: «Uri ha engañado a su hermana», mi padre hacía una mueca y fruncía la nariz. Obviamente nunca me lo explicó, ¿cómo iba a hacerlo?

En los momentos íntimos ellos no hablaban en hebreo. Y en los momentos más íntimos no hablaban en absoluto. Permanecían callados. La sombra del miedo a parecer o sonar ridículo se cernía sobre todo.